**La deuda subjetiva como motor y aporía del neoliberalismo**

¿Qué es el malestar en el neoliberalismo? Dice Byung-Chul Han (siguiendo a Sartre) que los cuerpos sociales se hacen obscenos cuando se despojan de toda narratividad y sentido, proliferando de modo informe. Y he aquí la hiperactividad propia de las sociedades neoliberales. La aceleración de la sociedad neoliberal es absurda: no lleva a cabo ninguna tarea. Es solo proceso, no es procesión. El proceso mismo queda desnudo, hay total transparencia, pero en esa transparencia no habita la claridad democrática de la información para todos: es el cinismo de la pura realidad gritando sobre nosotros. Múltiples pueden ser los ejemplos, pero bastará decir que en Chile el presidente de la Asociación de Bancos se vanagloriaba en 2014 de haber sido el padre de la reforma tributaria. Y la respuesta del sistema político fue simplemente que había cometido una imprudencia pues esas cosas *no se deben decir*. Fue evidente: el proceso no tenía procesión.

Cuando Max Weber formuló su famoso pasaje de la “jaula de hierro” hizo referencia a tres momentos en la relación entre subjetividad (libertad y sentido) y capitalismo: señaló que en un primer momento la acumulación de capital no habría logrado desplegarse como modo de producción si no hubiese sido por el encuentro con las condiciones culturales, específicamente éticas, que proveyó el protestantismo. Es ese el primer momento en el que el capitalismo fue símbolo de libertad y sentido. En un segundo momento, tanto la esperanza de libertad como la certeza del sentido crecieron. Ocurrió que el espíritu del capitalismo se tradujo en una ‘rosada heredera’ del protestantismo: la Ilustración. De este modo, el capitalismo no solo tenía sentido, sino que era este racional y se miraba al frente a una sociedad de ciencia y desarrollo ilimitado (habrá que agregar que también compartió esta fe el principal anticapitalista, Karl Marx). El tercer momento es abrumador: los bienes materiales que el capitalismo ofrendaba a sus habitantes para mayor gloria de su libertad se han rebelado contra ellos. Han pasado de ser un liviano manto sobre los hombros a convertirse en una ‘jaula de hierro’, un imperativo categórico carente de toda ética. La máquina del capitalismo, dice Weber, ya no necesita el sostén de una ética, se basta a sí misma, destruyendo la libertad (estamos obligados a ser profesionales, estamos dominados por los bienes), destruyendo el sentido (el mundo y la existencia pierden todo sentido espiritual, nada provee el hálito que da la vida, todo es mera operación y repetición). Max Weber, siguiendo a Simmel, lo llama “petrificación mecanizada” e imagina que los habitantes futuros de esta morada serán petulantes especialistas sin espíritu, hedonistas sin corazón. La caracterización coincide con el individuo posmoderno que describe (y defiende) Lipovetsky. Sin embargo, el neoliberalismo parece añadir un cuarto momento a la jaula de hierro, no inferible (quizás predecible) desde la descripción de 1905 de Weber sobre el capitalismo.

El cuarto momento de la jaula de hierro es el que comienza en la identificación total entre individuo y operación capitalista. Como señala Byung-Chul Han, la peculiaridad neoliberal radica en que el rasgo de ‘sociedad de control’ se consuma no en la coerción externa, sino en la interna. Son los mismos individuos los que eligen y hasta luchan por vivir el control, por vivir la vigilancia. Las contradicciones de la sociedad se transforman en contradicciones de la subjetividad. La contradicción de clase radica en el emprendedor en sí mismo, el deseo de cambiar la sociedad choca con el propio miedo de alterar la vida cotidiana y todo lo conquistado bajo las reglas del juego existentes.

El neoliberalismo es fuerte porque habita formidablemente en la forma de la subjetividad. Más allá del hábitat económico, que por cierto es su punto de origen, es en ella (en la subjetividad) donde encuentra un punto de apoyo para ampliar sus horizontes. Su capacidad para introducirse en la subjetividad compensa sus incapacidades valorativas, su problemática relación con la integración social, su pobreza cultural. Esta condición es una ironía, cuando no una paradoja: el individuo se puede ‘sujetar’ del neoliberalismo y, sin embargo éste no ofrece ningún pilar. Cuando la operación cotidiana de la máquina capitalista pueda ser disfrutada por el individuo, será él mismo la fuente de generación de la ideología capaz de satisfacer el orden, será él mismo el constructor del sentido común hegemónico, pero con un detalle: ni siquiera requerirá (esa ideología, ese sentido común) un contenido definido. Podrá ser solo el anclaje en un conjunto de prácticas.

Para el neoliberalismo, solo emerge una situación problemática cuando se produce el despliegue potencial de otro hábitat: la política. Las contradicciones no son problemáticas para el neoliberalismo, mientras se sumerjan en la perspectiva de lo privado, donde se domestican adoptando la forma de problemas particulares, íntimos o médicos. El problema radica en la politización de las contradicciones. Chile ha sido un territorio fértil para el neoliberalismo no solo por su instauración dictatorial, que permitió resistir las desastrosas consecuencias económicas de su momento fundacional, sino además por la histórica deficiencia de la textura del espacio público, que ha facilitado la presentación de las soluciones privadas a problemas públicos como una ruta normal. Tanto la era oligárquica de los terratenientes como la era dictatorial y posdictatorial tecnocrática han sido momentos donde el espacio público aparece disminuido y prescindible.

En un escenario radicalmente despolitizado, el neoliberalismo puede fertilizar sin obstáculos. Una política débil y un espacio público famélico son ideales para el neoliberalismo por dos razones: en primer lugar, su poquedad los vuelve (a la política y al espacio público) inútiles, confirmando la tesis neoliberal y eliminando la utopía (y triunfando así el cinismo); en segundo lugar, toda la institucionalidad vinculada con las capacidades humanas de asociarse para generar intereses fuera de la esfera económica o incluso aquellas asociaciones dentro de esa esfera que no defienden intereses de acumulación de capital, anulan su operación en un escenario sin política, permitiendo que los procesos de acumulación de capital no tengan obstáculos. Es así como los partidos, los sindicatos, las asociaciones en general, el Estado mismo, la nación y toda aquella forma de organización colectiva (o de imaginaria organización inclusive) que pueda suponer un límite a la circulación y apropiación capitalista, son problemáticos para el neoliberalismo. Para combatirlos, la fórmula es simple: extraerlos del hábitat político y denunciar a todo interés político de ser un equivalente al interés económico. Es por eso que normalmente se acusa a los movimientos sociales o asociaciones sindicales de defender simplemente sus propios intereses: léase, los estudiantes maximizan su beneficio económico pidiendo gratuidad.

El neoliberalismo no pretende ser la contrarreforma de la Revolución francesa. Pretende algo más: hacer baladí el cambio social, hacer anodinos los proyectos de sociedad, tornar irrelevantes las doctrinas. Por eso el neoliberalismo, que apropia para sí la noción de ‘liberalismo’, es en realidad un radical conservadurismo. La Revolución francesa, clímax de la opción del cambio social, es el principal enemigo político del neoliberalismo, que solo desea que la máquina del capitalismo gobierno sin resistencia. La política moderna, que es ante todo el esfuerzo de domesticar las fuerzas del capitalismo, queda anulada en el neoliberalismo.

Un punto de articulación decisivo para el avance del neoliberalismo es el derecho a la propiedad privada y la sobrevaloración de ella. Si la propiedad privada se configura originalmente en una definición jurídica: en el uso (derecho sobre el bien mismo), goce (derecho sobre los frutos) y disfrute (poder total sobre el objeto, incluyendo su destrucción), su definición en el marco del neoliberalismo debe ser sociopolítica: la propiedad privada es el cosmos de relaciones entre agentes que reivindican la ampliación de la acción privada en oposición a lo público.

Es en la misma ruta de la propiedad que vemos el salto de lo jurídico a lo subjetivo. Un mercado de bienes cuyo fundamento es financiero y cuyo anclaje comunicacional es publicitario, constituye un ente muy diferente al mercado donde los agentes intercambian libremente. Un sistema financiero requiere colocaciones, inversiones, alto tráfico de acciones; los objetos son una excusa literalmente barata. Tanto el valor de uso del objeto (“ese par de zapatos nunca me los he puesto”) como el valor de cambio (el equivalente de otros productos) son anodinos. Lo único importante es la conexión (o no) de determinado bien con la dinamización del proceso financiero. A nadie importante le interesa si usted usa, goza o disfruta. Este descubrimiento en Chile fue referido como ‘abuso’ en la segunda mitad de la primera década del nuevo milenio (‘ab’ ‘uso’, esto es, mal uso). Luego del movimiento estudiantil y del caso La Polar, donde la desnudez de la operación fue total, la palabra ‘abuso’ fue reemplazada por ‘lucro’.

Lo que podríamos llamar la tesis chilena para el lucro es la siguiente:

Ciclo inicial: convicción de la existencia de muchas asimetrías de poder en el mercado. Aparición de la noción de abuso. Búsqueda de regulaciones, promesas incumplidas de tal cosa.

Momento 1 (2011): sospecha respecto a que la utilidad de las empresas no solo se basaba en alguna clase de abuso en el momento de producción, sino además en alguna clase de abuso en el momento de circulación. Los chilenos habían asumido que el mercado era el momento de la fiesta, mientras el trabajo era el sudor y la sangre. Pero esta sospecha situaba posible sangre en la fiesta.

Momento 2 (:2013): convicción respecto a que la utilidad de las empresas están constituidas por el abuso en diferentes variantes. Sospecha de una colusión mayor, ya no solo entre empresas, sino entre empresas e instituciones.

Momento 3 (2015): convicción respecto a que configuran prácticas rutinarias el hecho que el abuso sea tolerado sistémicamente por el tipo de relación entre la política y la economía.

La economía es una dimensión de la sociedad que no requiere demasiada legitimidad para funcionar, pero requiere alguna. La ha perdido. La sensación de vivir un país injusto se ha solidificado, generando una profundización del problema de la desigualdad, pues la injusticia supone el carácter arbitrario de ella.

El lugar conceptual donde todo se articula como problema de la subjetividad y como operación económica y política, es la deuda y la figura del deudor. Nos hallamos frente al escenario cristiano por excelencia. El neoliberalismo es insustentable porque aniquila toda oportunidad de permitir al deudor salir esporádicamente de su condición. Mientras el judeocristianismo ofrece suspensiones de la deuda, mitigaciones; el neoliberalismo necesita profundizar la deuda económica y configurar un sujeto tan aterrorizado con la deuda como deseoso de tenerla.

El neoliberalismo, en este punto, es filosóficamente básico y su operación peca de mecanicismo. El neoliberalismo asume que siempre el deudor, en la sociedad, es el mismo que en la economía. Es decir, asume que el sujeto endeudado se siente en deuda siempre. Sin embargo, la dislocación que permite la existencia de esa sociedad anómica que es la neoliberal, genera al mismo tiempo condiciones de ilegitimidad que suponen un cambio del sujeto de acreencia y del deudor. Los individuos que habiitan la sociedad neoliberal pueden saber que TIENEN una deuda con el banco o el retail, pero no tienen duda alguna que dichas instituciones ESTÁN en deuda con ellos.

La crisis neoliberal es el cuestionmiento del pacto básico: es la pregunta por la deuda.

Se puede enunciar: ¿quién tiene el derecho a ser el acreedor de quién?

Pero este giro de la deuda no tiene proceso que la acompañe. El banco puede cobrar la deuda al individuo, el individuo no puede cobrar la deuda del banco. A lo más, puede empatar la situación y desafectarse, dejar de ser doloroso el no pagar las deudas al sistema económico, no ir a votar en el sistema político, no validar ninguna operación.

Irónicamente sigue en la paradoja: para romper con el cinismo neoliberal solo queda volverse cínico. Pero es el paso de un cinismo operativo (el rebelde adaptativo lo llamamos en una investigación) a un cinismo nihilista, que no es sino una rebelión de las paradojas.

El primer gran triunfo en transición del neoliberalismo no fue económico, sino político. La sociedad debía tener conciencia de su propia deuda, pues su polarización había llevado a un quiebre institucional que había costado vidas y había destruido la democracia.

El resultado era simple: no había que explorar el disenso.

La transición termina con un conflicto donde se ha extinguido la deuda originaria, pues la ausencia de conflicto ha derivado en un mundo de abuso. La Nueva Mayoría nace de la deuda de la Concertación.

Todo el proceso de endeudamiento de los chilenos con la economía, fue a su vez un proceso de crecientes acreencias de los chilenos con la política. La deuda de la política se sustentaba en especulación: Chile sería desarrollado. El pago por la deuda política sería económico.

Toda operación para evitar las crisis políticas y económicas dicen relación con invertir la noción de deuda.

El horizonte de la crisis y la convulsión son los dos fantasmas convocados por el capital. La crisis vendría por una especie de derroche social, la convulsión por el deseo no satisfecho de ese derroche. Los movimientos sociales serían sinónimo de esa convulsión irresponsable y la crisis sería el resultado obvio de su aparición. De aquí nace la amenaza de la derecha respecto a que cualquier reforma al modelo implica una merma inmediata del crecimiento, la huida despavorida de los inversionistas y la condena a la pobreza. Siendo así, la sociedad está en deuda con la economía. Pero el neoliberalismo no reconoce la potencial deuda de la economía con la sociedad.

Pues bien, en esos estamos. En la deuda de la economía con la sociedad. Es por eso que he descrito este proceso como una crisis de modelo, como una crisis del neoliberalismo. Hemos visto la manera en que triunfa. Ahora vemos la manera en que muere. Tanto en su triunfo como en su muerte, sus habitantes parecen igual de prisioneros.